AÑO XXIII.

PERIÓDICO DE LAS FAMILIAS,

NUM. 40.

QUE TIENE LA ALTA HONRA DE CONTAR COMO PRIMERA SUSCRITORA

A S. M. LA REINA (Q. D. G.)

CONTIENE LOS DIBUJOS MAS ELEGANTES DE LAS MODAS DE PARIS, MODELOS DE TRABAJOS A LA AGUJA, DE TAPICERIAS EN COLORES, CROCHETS, ETC.

Se publica un número todos los Domingos.

PRECIO DE LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA.
En España, Canarias y Portugal.
EDICION ECONÓMICA.
Un año 95 reales.—Seis meses 50 reales.—Tres meses 30 reales.
Precio de la edicion de lujo.
Un año 140 rs.—Seis meses 80 rs.—Tres meses 45 rs.
No se venden números sueltos.

PRECIO DE LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA.
En las Américas Españolas.
EDICION ECONÓMICA.
Por un año 8 pesos fuertes. — Seis meses 5 pesos fuertes.
Precio de la edicion de lujo.
Por un año 12 ps. fs.—Seis meses 7 ps. fs.
EDITOR PROPIETARIO: **D. Abelardo de Cárlos.**

PRECIO DE LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA.
En los demás estados de América.
EDICION ECONÓMICA.
Por un año 10 pesos fuertes. — Seis meses 6 pesos fuertes.
Precio de la edicion de lujo.
Por un año 15 ps. fs. — Por seis meses 8 ps. fs.
No se venden números sueltos.

Sumario.—Equipos para pasear á caballo. — Dibujo de tapicería.— Sombrero Watteau.—Velillo para sombrero redondo.— Entredos de lienzo. — Dibujo de red para cortinas, velos de butaca, etc.—Fleco enrejado.—Cabo de corbata.—Orla greca.—Orla formando losanges.— Bordado oriental.—Explicacion del grabado de modas.—Fray Juan.—Lo barato es caro.—El ropero.—A mi madre.—El corredor de playa.—Revista de Madrid.—Explicacion del figurin iluminado.

EQUIPOS PARA PASEAR Á CABALLO.

© Biblioteca Nacional de España

Vestidos para pasear á caballo.

Reproducimos en un grupo los principales equipos adoptados para los paseos á caballo; casi siempre se hacen de paño casimir, paño fino ó alpaca negra, alguna vez de azul oscuro, marron, ó verdeguia.

Los corpiños están casi siempre separados de las largas enaguas; estas tienen comunmente 1 metro y 70 ú 80 centímetros de largo, por 3 metros y 5 centímetros de ancho. Contestando á una pregunta que se nos ha dirigido, diremos, que no se llevan enaguas con aros de acero para montar á caballo; esto seria incómodo para la amazona, y mas todavia para el caballo.

Las piezas blancas de lienzo deben ser todas sin excepcion lisas y planas; los cuellos rectos y los puños anchos son los que convienen mejor para vestidos de montar.

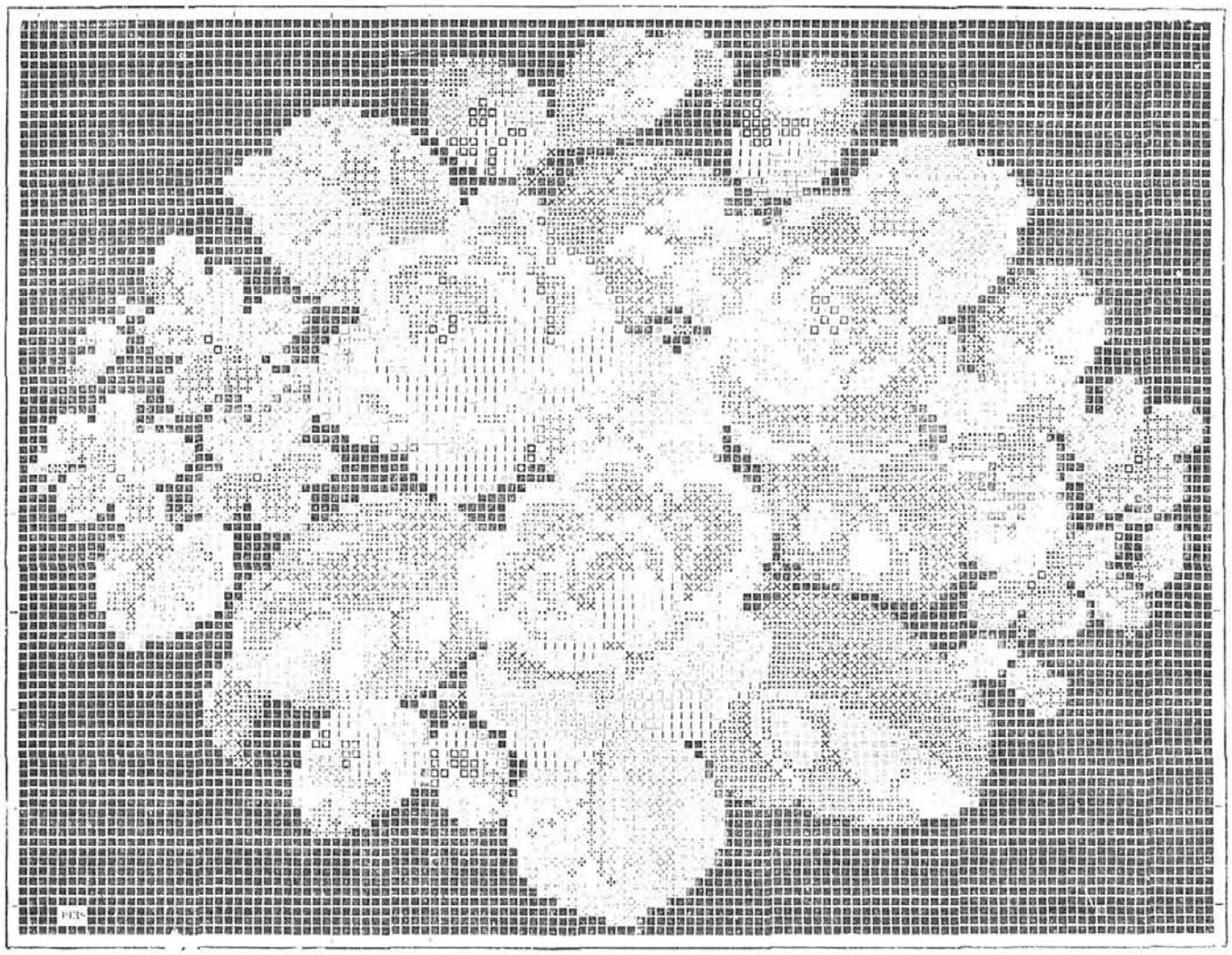
N.° 1.— Corpiño de faldetas largas y solapas; mangas casi ajustadas, con vueltas; corbata azul; sombrero de caballero, con velo largo azul.

N.° 2 y 3.—Corpiño con faldon postillon, visto de espalda y de frente; el tocado del n.° 2 es un sombrero de paja negra, guarnecido de terciopelo negro y plumas negras; el n.° 3 lleva un sombrero de caballero.

N.° 4.—Equipo de otoño y de invierno; el corpiño se reemplaza por una chaqueta suelta, bordada de trencilla, y guarnecida con piel de Astracan.—Sombrero de terciopelo gris; plumas grises sujetas por un lazo de terciopelo gris.

N.° 5.—Corpiño liso con faldetas cortas y punta separada; sombrero Tudor de paja color castaño, adornado con terciopelo y plumas del mismo color que el sombrero.

Los pantalones se hacen de percal blanco; deben ser muy largos, fruncidos en su borde inferior, y armados sobre una tira que se abotona debajo del tobillo; esta tira lleva una guarnicion fruncida de 4 á 5 centímetros, festoneada y bordada, si se quiere.



DIBUJO DE TAPICERIA.—Explicacion de los signos que indican los colores.—⁂ Negro. * Azul oscuro. ⁘ Azul medio. ◇ Azul claro. × Castaño oscuro. ⁙ Castaño menos oscuro. ⁖ Castaño medio. ⁘ Castaño claro. □ Blanco de leche. ' Blanco de tiza. ▫ Oro. ⊞ Cuentas de acero. ▫ Rosa oscuro. ⁘ Rosa claro. ■ Fondo.

Dibujo de tapicería.

MATERIALES.—Canevas fino del n. 24 ó 26; cuentas, sedas y lanas.

Este dibujo puede ejecutarse sobre canevas de todos los gruesos, segun el uso á que se destine. Sobre canevas como el que hemos indicado, se podrá utilizar para carteras y otros objetos pequeños de la misma especie.

Se sabe que las tapicerías á punto pequeño están mas de moda que nunca. Se hacen tambien muchas á punto Gobelino al sesgo, para el cual publicamos un dibujo especial. Para este último punto, como para el pequeño, se emplea canevas cuyos hilos no están dispuestos como aquellos cuya fabricacion se hace para facilitar la ejecucion de la cruz, es decir, que los hilos de canevas destinados al punto pequeño, están separados por intervalos regulares, mientras que estos intervalos son irregulares en los canevas preparados para hacer la cruz.

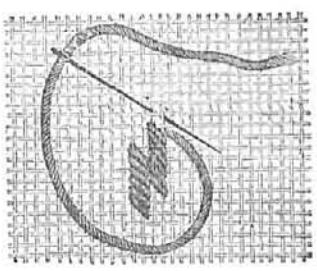
En el dibujo que repreduce el punto *Gobelino al sesgo*, se verá una aguja clavada en la direccion que se le debe dar. Una *cruz* cerca de la aguja indica el sitio en el que se picará la aguja para el punto siguiente, mientras que un *punto* señala el sitio por donde se hará salir la aguja. Para cada cuadro de un dibujo cualquiera, se hacen dos puntos *Gobelino*. Añadiremos otro consejo: para toda tapicería ejecutada á punto Gobelino hay que tener cuidado de que los tonos de un mismo color no sean muy diferentes unos de otros. Gracias á este punto, la tapicería toma un tinte general mas dulce, mas armonioso en una palabra, y si los tonos cortasen demasiado, este efecto se destruiria.

El fondo del dibujo que publicamos se ejecuta con seda blanca. Las hojas, los capullos y las florecitas á punto Gobelino, se hacen por mitad azul aciano y castaño sepia, cuyos tonos se escogen de lana céfiro. El tono mas claro es de seda. Las tres flores grandes son tonos de color rojizo, participando algo del color de chocolate, completadas por tres tonos de cuentas blancas: cristal,—lechosas,—color de tiza, como el tono mas claro. Dos puntos del color rosa, en seda, se emplean para la rosa colocada á la izquierda del ramo.

Añadamos que este dibujo se puede ejecutar con cualesquiera colores, y sustituir sedas á las cuentas.

Sombrero Watteau.

A pesar de todas las formas nuevas bajo las cuales se presentan los sombreros redondos, el verdadero sombrero de jardin y de campo, tan cómodo como gracioso, conserva y conservará siempre la forma ilustrada por el pintor Watteau, que lo dió por tocado á todas sus lindas pastoras empolvadas que guardan en la pradera sus ovejas bañadas, peinadas y llenas de cintas. Así es que esta forma no se ha abandonado jamás, y continúa como la mas preferida entre todas, por las personas que tienen el buen sentido de creer que la principal mision de un sombrero es la de preservar el rostro contra el ardor del sol. Nuestro sombrero de Watteau es de paja gruesa de Italia; el fondo es poco levantado; el ala, del mismo ancho por todos lados, se ribetea con una cinta estrecha de terciopelo negro. Una cinta semejante, pero de 6 á 7 centímetros de ancho, rodea el fondo y forma por detrás un lazo de cabos largos; delante hay un ramo de espigas y de flores de los campos.—Además de la cinta elástica que sirve para sujetar el sombrero, este tiene una brida de una sola pieza, cuyo ancho es de 10 centímetros, y el largo de 1 metro y 50 centímetros.



PUNTO GOBELINO AL SESGO, PARA LA TAPICERÍA.

Velillo para sombrero redondo.

El fondo de este velillo es de tul negro de dibujos; lleva al rededor un encage negro puesto plano, y sobre él buclecillos de cuentas alternativamente blancas y negras, cuyo peso sirve para que el velillo vaya pegado al rostro; como lo exije la moda actual.—Los buclecillos se componen cada uno de 9 cuentas de igual grueso; se ensarta alternativamente una cuenta negra, — otra blanca,—luego una cuenta negra mas gruesa,—3 cuentas blancas como las anteriores; se vuelve á pasar la hebra por la cuenta negra gruesa, despues se ensartan 9 cuentas alternativamente negras y blancas como las primeras. — Se apunta la hebra sobre el fondo del velillo, de modo que el principio y el fin del bucle estén separados por un espacio de 1 centímetro.

El velillo tiene 34 centímetros de largo para su borde superior, 22 de alto en el medio y 78 de largo en su borde inferior, cortado en punta, como lo indica el dibujo.

Entredos de lienzo.

Este entredos servirá para adornar fundas de almohadas y paños de colchas, si la almohada y la colcha son de seda de color vivo: tambien se puede intercalar sobre el dobladillo de enaguas blancas y pantalones.

Se escogerá lienzo no muy apretado, y se le preparará sacándole ordenadamente los hilos de la trama y los de la urdimbre. Examinando el dibujo hácia el sitio adonde se dirige la aguja, se verá que se sacan tres hilos, que se dejan tres encima, que se sacan otros tres: otro tanto se hace en sentido opuesto, de modo que se formen cuadros regulares. En cada uno de los lados de esta labor se deja un espacio suficiente para hacer un dobladillo.

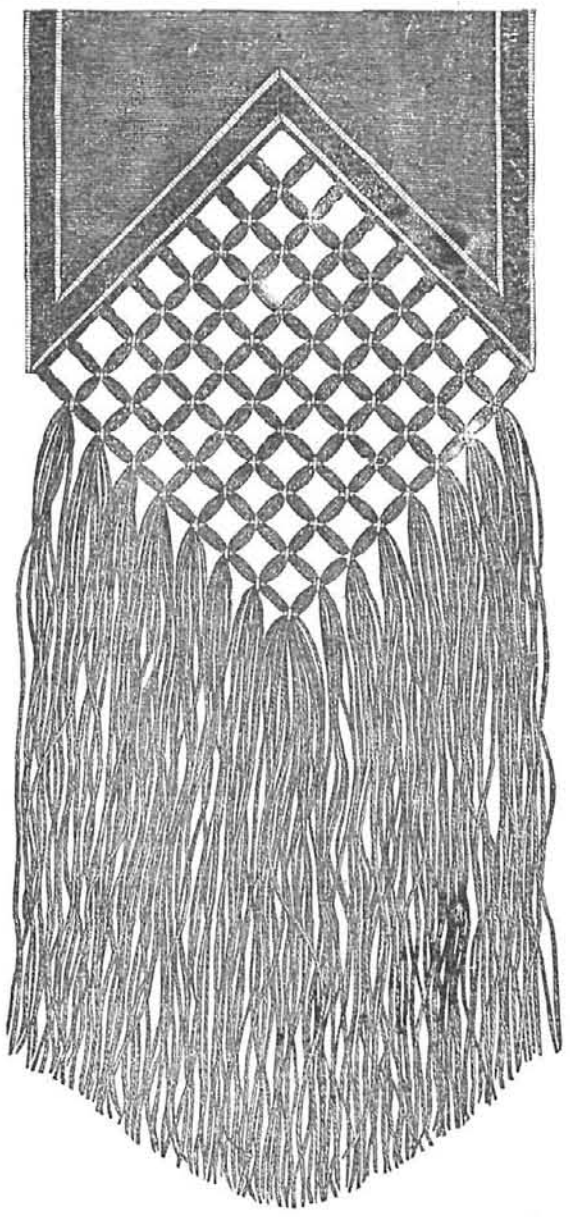
Se trabaja primero en el sentido del largo; se toma hilo fino con el cual se rodean y se aprietan los tres hilos de la tela (dos veces para cada cuadro) como lo indica el dibujo en el sitio en que se encuentra la aguja, otro tanto se hace en el sentido del ancho. Esta labor preparatoria forma una especie de red sólida, sobre la cual se ejecuta nuestro dibujo á punto de remiendo.

Dibujo á la red para cortinas, velos de butaca, etc.

Este dibujo representa un nuevo género de red ejecutada con algodon mas ó menos grueso. Aconsejamos á nuestras lectoras que se ensayen en él antes de comenzar una labor algo mas considerable; así se darán cuenta mas fácilmente del grueso del algodon, del de los moldes que tengan que emplear, y del número de mallas correspondientes al tamaño de la obra que desean emprender.

Se arman las mallas y se hace por encima una vuelta lisa, empleando un molde muy grueso; se principia el dibujo con un molde mas fino.

© Biblioteca Nacional de España



FLECO ENREJADO.

1.ª *vuelta del dibujo.*—* Se echa la hebra tres veces sobre el molde para la 1.ª malla; se hacen en seguida 6 mallas comunes. Vuélvase á empezar desde *. La última malla es semejante á la primera. Esta vuelta se compone alternativamente de una malla larga y de 6 cortas, repetidas sin cesar.

2.ª *vuelta.*—* Una malla larga, la cual no se echa la hebra sino una sola vez sobre el molde, pero estirando la malla hasta colocar el molde en línea recta sobre la malla larga de la vuelta anterior, de modo que la nueva malla exceda de la anterior malla larga solamente en el espesor del molde, la que se hace en seguida debe tener el mismo largo que la que precede, y el nudo que la forma se hace á la distancia que se quiera del molde, el cual ha de tenerse recto y bien tenso. Se saca el molde, se hace una malla comun en cada una de las 5 siguientes, se saca el molde, se le introduce en la malla que precede á las 5 que se acaban de hacer.—Se vuelve á empezar desde *; es decir, que se hacen 2 mallas largas, luego 5 comunes, y así sucesivamente.

3.ª *vuelta.*—Una malla comun,—una larga semejante á las largas de la vuelta anterior; * Sáquese el molde,—háganse 4 mallas comunes,—sáquese el molde,—introdúzcase por la última malla larga,—una malla larga,—una comun,—una larga.—Vuélvase á empezar desde *.

4.ª *vuelta.*—2 mallas comunes,—una larga;—* sáquese el molde,—háganse 3 mallas comunes; sáquese el molde,—colóquesele en la malla larga,—una larga,—3 comunes,—una larga.—Vuélvase á empezar desde *.

5.ª *vuelta.*—2 mallas comunes,—una larga;—* sáquese el molde,—2 comunes;—sáquese el molde; colóquese en la malla larga,—una larga,—3 comunes,—una larga.—Vuélvase á empezar desde *.

6.ª *vuelta.*—3 mallas comunes,—una larga;—* una comun,—una larga,—4 comunes,—una larga.—Vuélvase á empezar desde *.

7.ª *vuelta.*—3 mallas comunes;—* 2 largas,—5 comunes.—Vuélvase á empezar desde *. Durante esta vuelta el molde no se saca.

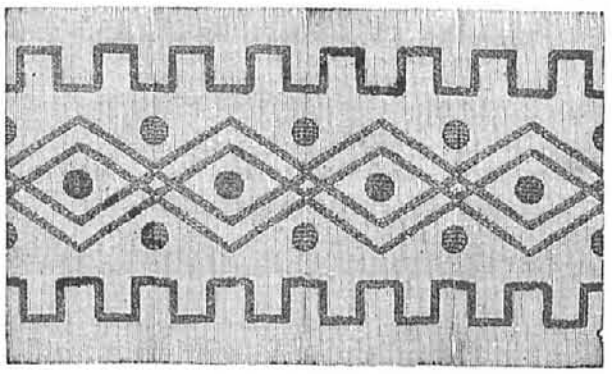
Se vuelve á comenzar siempre desde la primera vuelta, pero principiando por 4 mallas comunes, luego se hace: * una malla para la cual se echa la hebra 3 veces sobre el molde,—6 comunes.—Repítase desde *. De este modo el dibujo se hace *encontrado*, y se le continúa sin otra variacion.

Las partes mates del dibujo se hacen á *punto de lienzo*, para el cual se emplea el algodon con el que se ha hecho la red. El punto de lienzo se hace atravesando los cuadros que hay que rellenar, primero dos veces en el mismo sentido, luego otras dos en el sentido opuesto; como para el punto de zurcido, se toma una hebra sobre la aguja, se deja la hebra siguiente debajo de la aguja, comprendiendo en esto las hebras pertenecientes á las mallas de la red. A la izquierda del dibujo se hallará la indicacion del procedimiento que hay que seguir para hacer este punto de lienzo. El sitio marcado por una cruz es aquel en que se ata sólidamente el algodon para comenzar el referido punto, y allí se vé que la primera hebra atraviesa primeramente tres lados del cuadro que hay que formar, y llega al sitio designado por un punto; de aquí se dirige en el otro sentido, el que atraviesa la aguja; vuelve atrás, luego se le lleva por los demás lados, y se completa el cuadro.

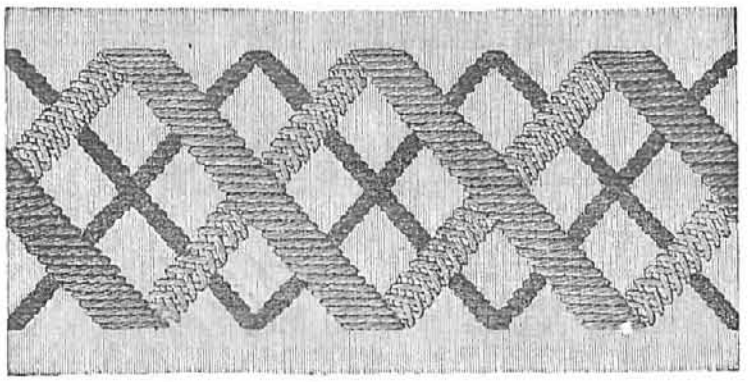
Fleco enrejado.

Estos flecos de torzal se hacen de todos tamaños; se los vé adornando los cabos de corbatas mas estrechos como los cinturones mas anchos; se ven del mismo color que la cinta, ó bien de diferente, ó bien de colores mezclados, de modo que reproduzcan los cuadros escoceses; pero en este caso, las crucecitas que fijan el enrejado son de un solo y mismo color, maiz,—ó blanco,—ó negro.

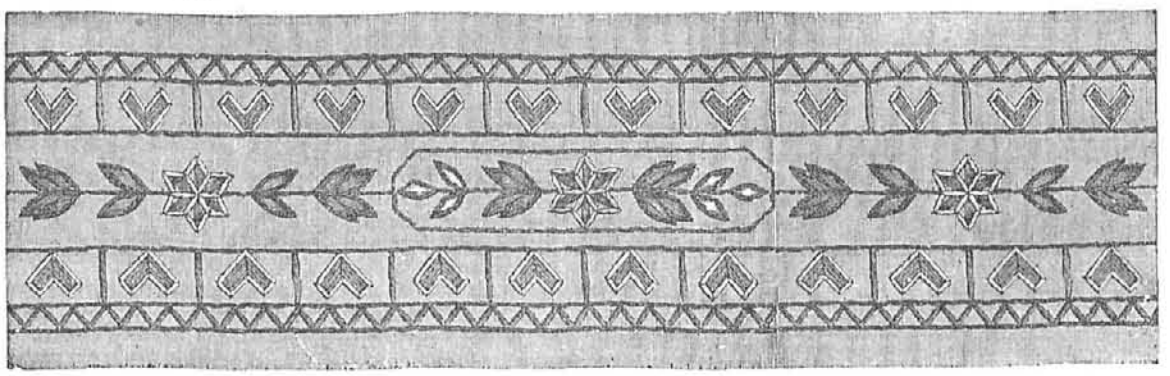
La cinta ó el tafetan se cortan como lo indica el dibujo; los bordes se doblan, y luego se atraviesan con un punzon á distancias iguales, pasando por cada agujero hacecillos de ocho á diez hebras de torzal de seda; estos hacecillos se cosen junto al borde, y se los dispone en forma de enrejado reuniéndolos por medio de crucecitas en las cuales se evita el cortar frecuentemente la hebra.



ORLA GRECA.



ORLA FORMANDO LOSANGES.



BORDADO ORIENTAL.

CABO DE CORBATA.

Cabo de corbata.

La corbata que nos sirve de modelo se hace de reps negro de seda, sin forro rígido; se la dobla por ámbos lados para coserlos uno con otro en el medio de la corbata, que tiene 1 metro de largo por 2 centímetros y medio de ancho al rededor del cuello, ensanchándose gradualmente para tomar en cada extremo la dimencion indicada en nuestro dibujo.

El bordado, que imita un lazo, se hace de seda floja con muchas tintas de un mismo color. La mas clara del dibujo es de seda blanca; las borlitas se hacen con puntos de color análogos á los empleados para el bordado; el fleco se matiza desde el negro hasta el blanco (medio del cabo).

Orla greca.

Las líneas esteriores se hacen á punto de cadeneta, ó bien con trencilla negra; los losanges del medio son de trencilla encarnada, los lunares, negros, encarnados y amarillos.

Orla formando losanges.

Esta labor puede ejecutarse con seda floja, ó bien con torzal de mediano grueso.

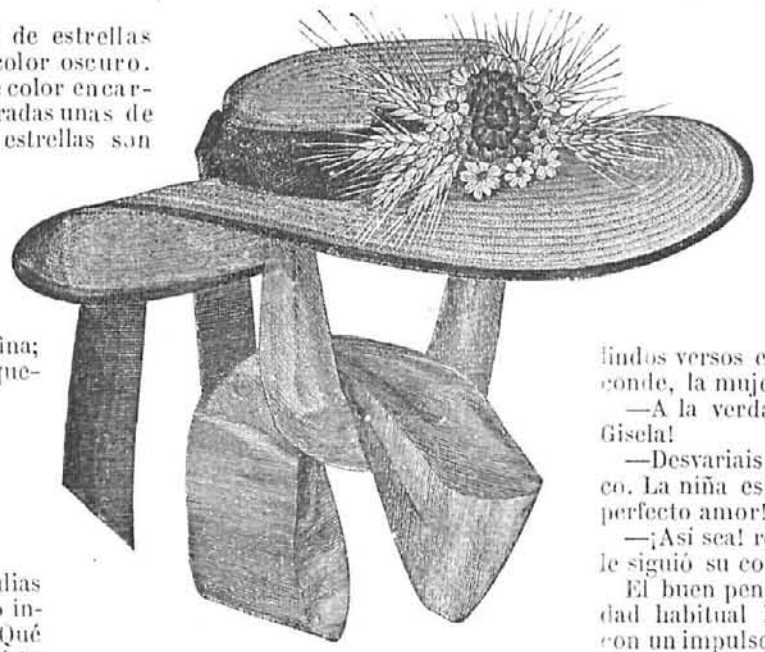
© Biblioteca Nacional de España

Los puntos en línea recta de esta orla son verdes para una de las líneas al sesgo,—azules para la siguiente,—encarnadas para la tercera; luego se repiten estos colores en el mismo órden; los puntos cruza los que forman líneas que atraviesan á las anteriores son de color castaño claro; los losanges negros se hacen con seda negra.

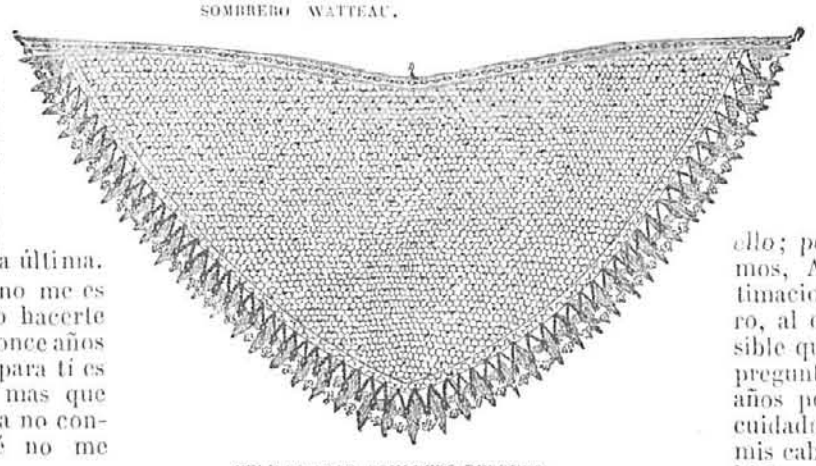
Si esta orla se ejecutase sobre el dobladillo de un trage de lana para niña, ó de un guardapies de tela de lana, se sustituirian lanas á las sedas arriba *indicadas*.

Bordado oriental.

Este dibujo se compone de hojas y de estrellas rodeadas por dos orlas negras ó de color oscuro. Las hojitas cuadradas de la orla son de color encarnado claro, rodeada de blanco, y separadas unas de otras por un punto largo verde; las estrellas son azules rodeadas de amarillo; las hojas verdes de muchas tintas. Las 3 hojas colocadas en cada extremo del cuadrilongo del medio son blancas, la estrella de este cuadro rosa de China, con contorno blanco; las líneas del cuadro son color castaño. Este bordado se hace con seda floja ó lana fina; se emplea para trages de niños y chaquetas de todas especies.



SOMBRERO WATTEAU.



VELILLO PARA SOMBRERO REDONDO.

FRAY JUAN.

(Continuacion.)

«Eduardo, decia, han trascurrido tres dias sin que tenga la dicha de verte. Tengo inquietud y padezco. ¿Qué es de ti? ¿Qué *quieres que responda á tu hija María, á tu* pobre niña, que todas las mañanas y todas las noches me pregunta dónde está su padre?.. ¡No te asuste esta carta! será breve y procuraré escribirla sin frases ampulosas y sin lágrimas... Pero tú, Eduardo, léela detenidamente y hasta el fin. Ha llegado á ser necesaria entre nosotros una explicacion: varias veces te la he pedido; tú siempre la has evitado...Ya sabes que esta es la primera...te juro que será tambien la última.

«Has dejado de amarme, Eduardo. Ya no me es lícito hacerme ilusiones...¡Oh, no es esto hacerte una reconvencion, no! Pronto va á hacer once años que nos casamos...no es culpa mia: pero para tí es una gran falta... Sin embargo, no tengo mas que veinte y siete años...Esperaba que mi vida no concluiria tan pronto...Eduardo, ¿por qué no me amas ya?

«Perdóname esta queja que á pesar mio se me escapa...Si ya no me tienes amor, al menos me tienes estimacion...quizás algun cariño...Así, pues, permíteme que te hable como á un amigo. Has llevado á otro objeto el amor que me profesabas... Eres dueño de obrar como gustes...y dicen que en tales casos siempre la culpa es de la mujer á quien ya no se ama. ¡Bien sabe Dios, sin embargo, que yo no tenia ni un solo pensamiento que no fuese para tí! Pero no te escribo para hablarte de mí...¡Solo una palabra! hubieras debido respetar lo suficiente á la madre de tu hija y al nombre que le has dado, para ocultar unos amores que ofenden! ¡Tu hija, ah!...amigo mio, ten presente que acaso algun dia llegará á saberlo todo...¿No se sabe todo aquí, por ventura? ¿Y no comprendes que nuestras faltas destruyen el porvenir de nuestros hijos? Reflexiónalo, tú que eres buen padre. En otro tiempo, por ella, y tambien por mí, tenias ambicion... ¿no la tienes ya? Hemos pasado ya de la primera juventud: entramos en la edad formal...arreglémonos *á ella...A los treinta y cinco años no se* perdonan los extravios y las locuras que se le disculpan á un jóven...Hé ahí, amigo mio, lo que dicen en torno tuyo y lo que yo debia escribirte. Ten la firme conviccion de que ya no espero felicidad en este mundo; lo que hago hoy es por mi hija... y por tí...No te diré, ¡ay de mí! que vuelvas al afecto de un tiempo ya muy lejano, y que fué quizás, el mejor de tu vida...pero vuelve á los hábitos y al respeto de la familia, te lo suplico de rodillas... ¡No nos pierdas...sálvanos á todos!»

El ayuda de cámara del conde, que era quien únicamente sabia dónde hallarle siempre, le entregó esta carta en el momento en que entraba en el salon del *club*.

La cogió con un ademan brusco, rompió el sobre y la leyó de una ojeada, con la mirada sombría y el entrecejo fruncido. «¡Me persigue!» dijo pasándose la mano por la frente con un movimiento violento y nervioso, como si hubiese querido desterrar un pensamiento importuno. Pero el hombre nunca es enteramente malvado. Volvió á leer la carta de Alina y se sintió conmovido por una pasion tierna. ¡Pobre mujer, murmuró por lo bajo, merecia mejor comportamiento!

En el mismo instante entraban en el salon dos amigos suyos, el varon de Verac y Félix de Reuil.

—¡Calle, dijo el baron, Eduardo está hoy sombrío como Otelo! Y, sin embargo, la *niña* bailó bien anoche.

—¡Admirablemente! añadió Mr. de Reuil, y por dos veces *se* llevó *á los lábios cierta camelia que á* las seis de la tarde habíamos visto en el ojal de ese mal hombre.

—¡No todo es placer en la vida! repuso el baron con una sonrisa burlona, y si á nuestra Taglioni le gustan las sonrisas de Langeac, tambien le agradan los sonetos de ese poeta parisiense que escribe tan lindos versos en el álbum de la mujer del prefecto... ¡Ah! querido conde, la mujer es variable... ¿Porqué no sabes rimar?

—A la verdad, dijo Mr. de Reuil, encuentro muy pálida á tu Gisela!

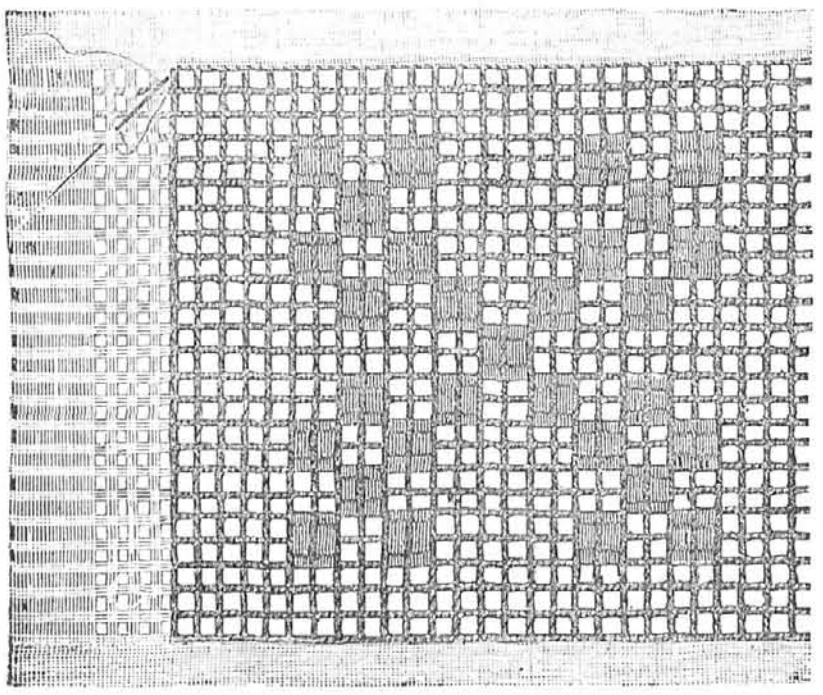
—Desvariais los dos, exclamó el conde en tono bastante brusco. La niña está mas linda que nunca y ámbos nos arrullamos con perfecto amor!

—¡Así sea! replicó el baron entrando en la sala de billar, adonde le siguió su compañero.

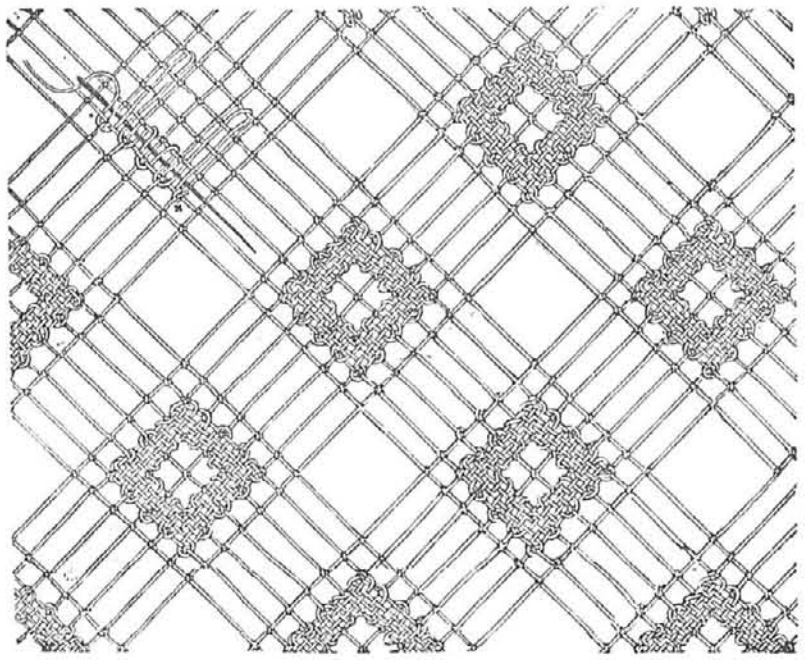
El buen pensamiento del conde estaba ya muy lejos. Su sequedad habitual habia desterrado á su pasajero enternecimiento, y con un impulso de mal humor fué como cogió la pluma para responder á su mujer. Hé aquí su esquela.

«Te devuelvo tu carta, hermosa predicadora, y verás con qué atencion la he leido. He subrayado las palabras de grande efecto. Tienes demasiado buen estilo, querida Alina, y eso te impulsa á exagerar todas las cosas, lo cual te aseguro que es un gran inconveniente en la vida positiva! Es tu único defecto, convengo en *ello; pero al fin es un defecto, confiésalo.* Veamos, Alina, ¿de qué te quejas?... Tienes mi estimacion... posees tambien todo mi afecto... Pero, al cabo de once años de matrimonio, ¿es posible que nos amemos como el primer dia?...Te lo pregunto á tí misma. No te hablo del peso de los años porque seria odioso, aunque tú tienes buen cuidado de recordarme con bastante frecuencia que mis cabellos blanquean. Te doy gracias por tu ambicion respecto de mí, pero ha pasado ya el tiempo de esas cosas. En Francia, bajo el dominio de este rey de los plebeyos, ya no hay puesto para los hombres de raza. En cuanto á mi María, cuyos hermosos ojos beso, tranquilízate, te se parecerá demasiado para que pueda carecer de pretendientes. ¡Dios mio! ¿por qué habia yo de asustar á un yerno? Mira la vida tal como es, querida mia, y toma á los hombres por lo que valen. Tienes sobrado talento para no ser indulgente.

«¡Adios! Hubiera deseado ir á decirte todo esto personalmente y á solicitar tu perdon...pero por



ENTREDOS DE LIENZO.



DIBUJO DE RED PARA CORTINAS, VELOS DE BUTACA, ETC.

© Biblioteca Nacional de España

desgracia he dado palabra de asistir á una gran cacería en la cual estaré tres dias. El tiempo se me hará aun mas largo que á tí.»

—Todavía es V. jóven, caballero, repuso el buen sacerdote; comprenderá V. cuáles serian los sentimientos de Alina al leer esa carta. Era la sentencia de muerte de su felicidad. Habia jugado y perdido su partida postrera y decisiva. Su marido acababa de aniquilar su última esperanza. Ya no le quedaba ni siquiera una ilusion.

Apenas habia acabado la condesa de Langeac su lectura cuando se abrió la puerta de su gabinete. La doncella anunció á Enrique de Simiane.

Mad. de Langeac solo tuvo tiempo suficiente para tirar la carta de su marido al fondo de un cajon y pasarse el pañuelo por los ojos y las mejillas para enjugar sus lágrimas...Tendió la mano á su primo y se esforzó para sonreir. ¿Conoce V. cosa alguna mas desconsoladora que esa sonrisa que asoma entre lágrimas. La emocion de la jóven no pudo pasar desapercibida para Mr. de Simiane. Se sentó junto á Alina y conservó entre las suyas la mano de la jóven, que habia cogido al entrar.

(*Se continuará.*)

LO BARATO CARO.

Mis lectores saben que en la capital del vecino imperio hay lujosos bazares llamados *Magasins de nouveautés*, que son el paraiso de las damas.

En estos Almacenes monumentales por su forma, verdaderas oficinas del buen gusto por su organizacion, se encuentran todos los géneros, todas las telas, todos los adornos, todo lo necesario para que la bella mitad del género humano pueda engalanarse, aumentar nuevos atractivos á su belleza natural y seducir ó fascinar al sexo feo para conquistar uno de sus miembros y fascinar y encantar á los demás con ayuda del primero cuando de admirador se convierte en marido.

No hay nada mas poligroso para el bolsillo comanditario de dos esposos que la entrada de la *débil* mujer en estos bazares. Son el árbol del fruto prohibido y detrás de cada mostrador, si no una serpiente, hay de esos empleados-oradores capaces de hacer caer en la tentacion de comprar no solo á las Evas, sino á los Adanes.

Está probado que los que penetran en estas lujosas tiendas salen de ellas con su dinero convertido en mercancías. Los únicos que salen como entran son los que tienen la precaucion de dejarse el dinero en casa, y para eso han de ser desconocidos en el bazar, de lo contrario el crédito paga el pato.

De esta manera la industria se enriquece y la mujer se embellece, el marido es el que sale peor porque me le arruinan, sobre todo desde que se han inventado los vestidos económicos, esos trajes de lana que cuestan por sí solos de quince á veinte francos, pero que no pueden llevarse sin gastarse doce ó veinte veces mas de lo que cuestan en adornos y accesorios indispensables.

Para que los lectores puedan juzgar voy á reproducir una escena *d' apres nature*, copiada por el fino observador y elegante novelista Julio Noriac. Es una página de las costumbres francesas que se pueden ver en Madrid casi en la misma escala en los bazares de la calle del Cármen ó en los de la de Espoz y Mina.

—Amigo mio, dice Carolina á su esposo, tengo que hacerte una confianza.

El marido tiembla: cuando las mujeres hablan en estilo académico, es decir, con exordio, siempre se teme algun ataque á la gaveta ó cosa parecida.

—¡Una confianza! dice el esposo, y bien, habla, ángel mio.

—Si tú lo quieres.

—¿Pues no?

—Pero vas á enfadarte.

—Eso segun y cómo...habla mujer.

—No...no, vas á enfadarte de seguro.

—Esplícate.

—Pues dime que no te enfadarás.

—Corriente, no me enfadaré.

—Lo dices de un modo...

—¿Cómo lo he de decir?...

—¿Qué sé yo?...así...no, no, renuncio á hacerte la confianza.

—Pero mujer de Dios, si no me enfado...¿Acaso soy un hombre de mal génio?

—No, pero...

—¿Ignoras que te amo mas que á mi vida?

—Es verdad; pero...

—No hay pero que valga; habla, ó me enfadaré de verdad.

—Pues bien, has de saber que tengo un deseo.

—¡Un deseo!

—Muy grande.

—Veamos cuál es...

—No creas que es gran cosa: se trata lisa y llanamente de comprar un vestido.

—¿Y no es mas que eso?

—Nada mas; pero no creas que es un vestido del otro jueves; uno sencillo que he visto anunciado y que sale muy barato, dieziocho francos.

—¡Vaya una cosa! ¿Y para comprar un vestido tan barato necesitas pedirme permiso?

—Es que...

—¿Qué? veamos...

—Es que desearia que vinieses conmigo.

—¿Y para qué, tonta?...yo no entiendo de telas.

—Para que vieras el vestido.

—Eso nadie mejor que tú que es quien ha de llevarlo.

—¿Y si luego no te gusta?

—Poco es lo que se pierde, dieziocho francos ya se sabe á dónde van á parar.

—Sin embargo, quisiera.

—Vaya, vaya, ya te he dicho que no hay necesidad de que yo te acompañe.

—Corriente, eso quiere decir que no te agrada mi compañía.

—No tal.

—Que te vas cansando de mí.

—¡Pero mujer!

—Que te soy antipática.

—Vamos...cómo ha de ser, iré contigo.

—Lo dices de tal modo, que cualquiera pensaria que haces un sacrificio.

—Pues ya se vé que lo hago.

Una lágrima nubla la pupila de la esposa.

—Perdóname, dice con acento de tristeza, mi objeto

EXPLICACION DEL GRABADO DE MODAS.

Trage de tafetan azul.—La enagua se guarnece con un volante fruncido de gasa de seda azul, sobre el que corre un bullon; este volante lleva un dobladillo ancho; sobre esta enagua caen paños separados, tambien de gasa azul, con un ancho dobladillo al rededor, y guarnecidos por un guipur estrecho negro. El corpiño del trage de tafetan es escotado, con mangas largas y estrechas; los hombros van cubiertos por un fichú de gasa blanca con solapas y mangas cortas.

Trage de linó blanco con filetes negros formando cuadros.—Tres volantes guarnecen por abajo la enagua; sobre ellos van tiras de tafetan negro, orladas de encage negro, enlazadas de modo que formen un doble medallon. Tres medallones sencillos, disminuyendo gradualmente, suben por el lado izquierdo, y se ligan entre sí por medio de echarpas pequeñas de la misma tela que el trage, orladas de encage negro. Chaleco de tafetan blanco. Chaqueta muy corta de igual tela del trage.

© Biblioteca Nacional de España

no ha sido disgustarte.

—Vamos, no seas así, ángel mio, ya vas á llorar...To digo que soy un cernícalo y que eres la mujer mas buena del mundo. Arréglate y en marcha.

—¿Por qué querrá Carolina que vaya con ella á comprar un vestido de diez y ocho francos? se pregunta el esposo y se contesta diciendo: ¡cuidado que son caprichosas las mujeres!

No era esta sin embargo, la explicacion del deseo femenil.

Pero llegan al bazar ó *magasin de nouveautes*, en donde se vende todo, excepto la novedad que promete.

A la puerta hay uno ó dos criados con gran librea que levantan el *portier* ó abren para dar paso las hojas de la puerta.

Una multitud de jóvenes elegantemente vestidos y con el pelo rizado salen al encuentro de los desventurados compradores, poniéndose á sus órdenes.

—Los cortes de vestido de lana, preguntó Carolina á uno de los obsequiosos *calicots*.

—¿De lana? Muy bien, señora; segunda galería de la derecha; y dirigiéndose á otro dependiente gritó: Mr. Edmond, tenga V. la bondad de enseñar á esta señora los cortes de vestido de lana á cuadros.

Mr. Edmond, saluda respetuosamente, extiende sobre el mostrador cinco ó seis cortes y espera la resolucion acariciando sus largas y afiladas uñas.

—Ahora ¿se llevan mucho estos vestidos? pregunta Carolina.

—Mucho, señora; son tan económicos y tan *chic*.

—Me llevaré este corte.

—Como se conoce el buen gusto de esta señora...yo le hubiera escogido tambien; es precioso, sobre todo, para salir de mañana...¿Quiere V. ver algunos otros cortes de vestido mas caros?

—¡Oh! no...¿qué dices tú querido? añade dirigiéndose á su esposo.

—¿Qué he de decir? haz lo que quieras.

—Mire V., señora; esto sí que es nuevo y de la última moda.

—¿Es popelina?

—Sí, señora, pero muy nueva.

—¿Cómo se llama?

—*Puebla*.

—¿En conmemoracion de la toma de?...

—¡Pues!

—Lo que sabe el comercio...no pierde una ocasion.

—¿Con que lleva V. un corte?

—¿Cuál prefieres, querido, aquel ó este?

—Yo no me lo he de poner, con que así...

—Pues deme V. este.

—¡Vea V. qué efecto hace! dice el dependiente figurando los pliegues que hará el vestido, despues de haber salido de las manos de la modista.

—¡Es muy bonito!

—Mucho, añade el marido, pero á mí me parece que un traje enteramente liso es monótono.

—Este caballero dice bien; es muy feo sin adornos.

—¡Yo lo creo; es horrible! responde la dama, al paso que con los adornos...

—¿Pero qué adornos son esos? pregunta el marido, reconociendo la inoportunidad de su apreciacion...¿aun necesitas adornos?...

—Y accesorios, añade el dependiente.

—¿Pero qué adornos y qué accesorios son esos?pregunta el esposo algo mohino.

—Alfredo, le dice su esposa en voz baja, si has venido aquí para darme un disgusto, mas nos valiera habernos quedado en casa.

El dependiente contesta:

—Lo que nosotros llamamos el adorno de estos vestidos baratos, es un peto de seda como el bajo exterior del trage y una falda interior de lo mismo, para que se vea al recoger la falda primera en pabellones; pero para sujetar estos pliegues es necesario lazos ó adornos de seda ó pasamanería. Las personas ingeniosas suelen mezclar para estos últimos adornos la pasamanería y la seda.

—¡Ah, ya, dice el marido, con que para eso se necesita ingénio!

El dependiente hace un paquete con los dos cortes y conduce á los cónyuges al departamento de la seda, rogando al empleado que les enseñe los *Durward* y los *Mac-Fror*.

El bueno del esposo al ver en el bazar treinta ó cuarenta dependientes, todos tan elegantes, tan rizados y tan ociosos, no puede ménos de exclamar:

—Si yo fuera gobierno prohibiria á estos jóvenes robustos tomar empleos que podrian desempeñar mujeres: esta prohibicion daria algunos brazos á la agricultura.

La esposa se ha dejado dominar por la oficiosidad de los dependientes y ha gastado en Mac-Fror ciento cincuenta francos.

—¿Qué hacemos aquí? le pregunta su aburrido consorte.

—Pero hombre, ¿no conoces que aun nos falta la pasamanería?

—¡Ah! es verdad.

La cuenta sube un poco más, pero no mucho, sesenta y cinco francos en pasamanería.

—¿Estamos ya listos?

—Sí.

—Gracias á Dios.

—Señora... señora, dice el primer dependiente, me parece que olvida V. la percalina para el forro.

—¡Ay! es cierto...Jesus qué distraida soy!

Emplea cuarenta francos más, porque el forro de las mangas tiene que ser de seda.

Como se vé el traje de los diez y ocho francos es caro, pero hay el consuelo de que puede servir dos ó tres veces.

Al bajar la escalera que separa el entresuelo del piso bajo, en donde venden ropa blanca hecha y las telas de hilo y algodon, y los hilos, botones, cintas, etc., etc,, al bajar, repito, murmura Carolina con coquetería:

—¡Cuánto vas á reñirme al llegar á casa!...francamente, ahora conozco que he hecho locuras.

—No lo creas, mujer.

—Eso lo dices por decir.

—No tal, pero...

—¿Hay un pero?

—No me pesa el dinero que hemos gastado, pero hubiera querido que lo empleases en cosas útiles, en ropa blanca, por ejemplo.

—¿Ropa blanca? dice una jóven que se halla al pié de la escalera...tenemos gran surtido...si quieren Vds. verla.

—Pero...

—Ya que deseas ropa blanca, dice la esposa, veámosla.

—Tenemos preciosos juegos de mesa, mantelerías adamascadas y muy baratas.

¡Qué remedio! La señora gasta en mantelerías doscientos francos más.

—Si la señora desea ver chambras, camisolines, cuellos, mangas...

El marido no puede resistir y vá á estallar, pero su esposa le dice:

—Alfredo, te suplico que cuando vengas conmigo no mires de ese modo á las mujeres.

Resultado que su cara mitad emplea en ropa blanca para ella trescientos francos más..

—Yo que tú, le dice el irritado esposo, compraria dos sombrillas, algunas docenas de pares de guantes, cintas, alfileres y otras menudencias.

La esposa se hace la desentendida, y al fin salen de la tienda encargando que le lleven las compras á su casa.

En el camino calma su esposo el furor, porque adora á su mujer, la vé contenta y no desea otra cosa.

Al llegar á casa no puede menos de decirle:

—Ahí tienes tu vestido de diez y ocho francos; no cuesta nada menos que mil quinientos.

—Tú tienes la culpa.

—¡Yo!

—Tú, sí; pero yo te aseguro que no vuelvo á ir contigo á las tiendas.

—Pero mujer...

—Lo que oyes.

—Y ¿por qué?...

—Porque te recreas demasiado mirando á las jóvenes que tienen á su cargo la ropa blanca.

Esto da lugar á nubes en el cielo conyugal que no se desvenecen en algunas horas.

Entretanto los dueños del bazar se rien: anunciando vestidos á diez y ocho francos echan un anzuelo, y cuando cogen el pez no lo suelten hasta sacar todo el jugo.

Esta escena se repite todos los dias en Paris y es una de las muchas que el génio propagandista de la Francia ha llevado á todos los paises de Europa.

Resulta, pues, que lo barato es caro y que vale mas comprar á su mujer un vestido de mil reales que uno de cuatro duros.

Lo que no va en lágrimas va en suspiros.

JULIO NOMBELA.

EL ROPERO.

(Conclusion.)

¡Qué tiempo tan inseguro!
¡qué primavera tan loca!
Voy á enjuagarme la boca
y luego á fumar un puro.
¿Qué hora tendremos? ¡canario!
tres cuarto para la una;
reniego de mi fortuna
si no ha mentido el horario!
Roto ya el pardo celage
que el limpio cielo encubria,
radiante se ostenta el dia;
voy á mudarme de trage.
¿Y las calles? ¡Vírgen mia!
¡Cuánto lodo! ¡Bagatela!
Para quien va en carretela
esto en nada contraría.
Aunque es pesada la broma
de andar siempre en procesion,
llevaré por precaucion
mis buenos chanclos de goma.
Le daré fuego á un beguero
mientras sale el carruage;
me pondré el trage... ¿Qué trage?
¡Vamos á ver al ROPERO!
Ya renuncia mi desden
pantalon color de plomo,
y el tostado hueso lomo
de fino y rico saten.
Por ser de gusto sencillo
cambiaré, sin tener duelo,
por mi corbata un pañuelo
negro, gros de canutillo.
Por dar gusto á la ocasion
dejo el chaleco alfombrado
y me pongo este bordado
terciopelo de Lion.
De molde me viene Rusia
y es justo que yo la ensalce,
que el bordado es al realce,
sobre campo azul de Prusia.
De rico paño azulado
visto el frac de airosa hechura:
que abrocha en su ojaladura
convexo boton dorado.
Ya la cinta es un desdoro
para chaleco de tela,
que muy buen gusto revela
fino junquillo de oro.
Guante el mismo, es el mejor,
otro par fino y bruñido,
mas ya que mudo el vestido
le mudo el medio color.
La petaca, el tarjetero,
la cartera, ¡uf, qué horror!
el pañuelo, el alcanfor...
falta el bolsillo, el sombrero...
¡Vive Dios, que á no reir
con tanto y tanto adminículo
de equipage tan ridículo,
prefiriera no salir!
Mas ¿dónde va un caballero
sin llevar con sumo gusto
un pañuelo para un susto
ni un nombre en el tarjetero?
Ni menos que haya, presumo,
quien quiera pasarse así
yendo de aquí para allí
sin fumar por hacer humo.
Decido, pues, mi paseo,
que ya el retardo me irrita...
Mas... ¿quién llega? ¿una visita?
Mis cartas; llegó el correo.
Ya se calma mi impaciencia,
ya por fin tengo que hacer,
ya no salgo: voy á ver
mi extensa correspondencia.
Luego saldré y lo prefiero;
iré, pues esto me obliga,
á ver á la Gatzzaniga
y que lo pague el ROPERO.
Cada prenda en su prendido:
si la pluma me retrata
vuelvo á encontrarme de bata
con cartas y entretenido.
Rompo sellos con ahinco,
cruzo corsario español
desde Madrid al Mogol
por letras... Mas dan las cinco.
Buena hora es á mi ver
y por Dios que no me pesa;
me está brindando la mesa;
señores... voy á comer.
Ni en Lóndres, ni en Nueva-Yor,
ni en la Habana, ni en París,
se gusta mejor anís,
ni se toma té mejor.
Son las ocho; ¿ya qué espero
si es que al teatro he de ir?
Voy al ROPERO á elegir
si á elegir me dá el ROPERO.
Dáme, pues, ya que á tí acudo,
si para escoger te encuentro,
este delicado centro
de cuadrado tan menudo.
Color ceniza quebrado
en finas rayas prendido,
que forma así en su tejido
una red con su cuadrado.
Frac verde-bronce sedan
con boton de su color,
trage fino y de rigor
lo mismo aquí que en Milan.
Llevaré otra prenda ufano,
que para abrigo es bastante,
el muy nuevo y elegante
rico ropon armeniano.
Paño tostado café;
liso, sin talle en la hechura,
con doble botonadura
y forrado de glasé.
Jáique-carril-sobretodo,
saco-rendingot-ropon
cortado á la perfeccion
con bota-manga hasta el codo.
¡Mas reniego del descuido
que he tenido en el vestir!
¿para qué voy á salir
si he de mudar de vestido?
Tanto trage ya me inquieta,
que es enfadoso de suyo;
mas hago punto y concluyo
con el trage de etiqueta.
Yo, que en mi vida de fraile
no salgo de este aposento,
¡voy á dejar mi convento
para meterme en un baile!
¡Merecia por gaznápiro
que algo malo sucediera!...
Mas..... ¿qué oigo? ¿una quimera?
¡Tambores!! ¡sí, voto al chápiro!
¡Descargas! Pues esto es serio!
Fuera salir gran delito;
pues, señor, fraile Benito,
me quedo en mi monasterio.

© Biblioteca Nacional de España

Casi, casi me dá risa.
¿Qué vale tanto vestir
si al fin no puedo salir?
¡Vuelvo á quedarme en camisa!
Y cogeré un constipado
de padre y muy señor mio:
pues..... ¡canario que hace frio!
¡Achís! no hay mas, lo he pillado.
¿Y he de quedarme aquí á solas
por temor de si me atrapa?
Nada; me pongo la capa
y llevaré dos pistolas.
Con este par de lebreles
que se acerque un enemigo!
venga el chaleco de abrigo
y mi marselles de pieles.
Mas repito que va sério
porque el incendio se aumenta;
¡no vaya á pagar la cuenta
que ha gastado el ministerio!
Muchas chipas dá la brasa:
¿mas descarga? ¡malo! ¡malo!
¡Qué noche tan de regalo!
Pues señor, quietito en casa.
Ahora me sirvo una copa;
tomo mi bata y mi pipa,
y bendigo la chiripa
que me aligera de ropa.
Nunca mas en mis roperos
fundaré vanos antojos;
señores, cerrad los ojos
porque me he quedado en cueros.

José SANCHEZ Y ALBARRAN.

A MI MADRE.

No creas que te he olvidado,
Querida madre del alma;
Voy andando por el mundo,
Y en este valle de lágrimas,
Á cada instante recuerdo
Las dulces horas pasadas
En tus amorosos brazos,
Que eran ángel de mi guarda.
Mucho he sufrido! Te fuiste
Cuando me hacias mas falta,
Y he llorado tanto, tanto,
Que si me vieras dudaras
Que fuese yo, madre mia,
El hijo de tus entrañas.
Hoy soy dichoso, mis penas
Un dulce consuelo hallan,
Y mis desengaños tristes
Se tornan en esperanzas.
Hoy en medio de las nubes
Que mi oscuro cielo empañan,
Veo una luz misteriosa
Que impulsa hácia el bien mi alma;
Mas para que mi ventura
Sea eterna y sea santa,
Quiero que tú, madre mia,
Desde la excelsa morada
Bendigas el amor puro
Que tanta dicha me alcanza.
¿No ves, dime, al lado mio
Una mujer bella y casta?
¿El inmenso amor que siente
No lees en sus miradas?
Ella es la luz de mi cielo,
Es el alma de mi alma,
Es un ángel que me envias,
Es tu maternal plegaria,
Es el bien: te la presento,
Bendícela, madre, y ámala.

JULIO NOMBELA.

EL CORREDOR DE PLAYA.

(Continuacion.)

—Pero bien; seguidme todos. Por fortuna, el jefe que los tiene á su cargo es uno de mis mejores amigos. De otro modo no consentiria en un paso tan peligroso.

Dejaron todos la granja, y siguieron al capitan por medio del campamento. Los soldados les miraban con asombro, y mas de un requiebro ó una chanzoneta burlona hubieran dirigido á la jóven y sus acompañantes á no imponerles respeto la presencia del capitan Stock.

Por fin este señaló á la jóven la otra granja que servia de cárcel y dijo:

—Allí están los prisioneros: ya no pertenecerian á este mundo, á no ser por la tardanza del general. En cuanto esté de vuelta, se cumplirá su suerte. Yo haré que traigan á M. de Milval á otra pieza donde estaremos solos con él.

Acercáronse á la granja: habló el tio Luis con el oficial que custodiaba á los presos, y el capitan y su familia entraron en la pieza en que ya hemos visto al primero recibir el testamento de M. de Milval.

—Ahora, Bella, preparaos: va á venir.

La jóven palideció, sus miembros se agitaron con singular temblor; pero procuró vencerse, mostrando á su tio, que la observaba sin cesar, un rostro en que se leia la resignacion.

M. de Milval entró: el capitan cerró la puerta.

—¡Gran Dios! ¿Es posible? exclamó el jóven. ¿Bella, no es sueño que logro veros por la última vez?

Y estrechó sus manos, murmurando frases de infinita ternura.

—¡Gracias! ¡Gracias! ¡Sois un ángel de compasion! El cielo os recompensará tantas bondades. Y vos, mi bienhechor, añadió oprimiendo al anciano entre sus brazos, dejadme estrechar ese pecho generoso que tanto ha sufrido por este desgraciado.

M. de Milval abrazaba con ternura al anciano y le demostraba por mil medios su gratitud. Este espectáculo conmovia á todos. Bella temblaba, en sus ojos brillaban lágrimas contenidas... la mirada del capitan estaba fija en ella, y trató de reunir todo su valor; pero sus piernas se doblaban, y tuvo que sentarse para no caer.

Despues M. de Milval se dirigió á José, al que llamó igualmente su libertador, y volviéndose á la jóven, añadió con dulce sonrisa:

—Si supiérais, Bella, ¡qué dichoso soy! He rogado á Dios, aunque sin atreverme á esperarlo, que me concediera veros, y Dios me otorga esa dicha suprema.

—¡Bendito sea su santo nombre! exclamó la jóven con piadosa exaltacion.

—¿Estais triste, Bella? ¿Os aflige mi suerte? consolaos; el mundo no me ha dado mas que amarguras; me obligaria desde ahora á vivir sin patria, sin familia, sin asilo... Ya veis que la muerte para mi es un favor del cielo: una libertad. Mi alma volará en breve á reunirse con las de mis padres, y habiéndome el Señor concedido que escuche mi postrer adios de vuestro labio, la tristeza no debe oscurecer mis últimos instantes. Levantad la cabeza, amiga mia; mostradme ese bello rostro que por tantas veces me ha inspirado valor y esperanza.

—¿Porqué no? murmuró débilmente Bella. Conservad ese valor. ¡Erais tan desgraciado sobre la tierra! Además en ella á nadie dejais que os cause pena...

Obligada á molestar su dolor, no encontraba frases. ¡Ah! si hubiera podido dar rienda suelta á sus quejas. Pero el temor de que su tio la arrancase de allí, la hacia contener con sobrehumano esfuerzo su inmensa amargura.

—Que no me causa pena el dejar á nadie! dijo el jóven repitiendo sus últimas palabras. Si tal: ya os lo he escrito. El único pesar que llevo á la tumba es no poder consagrar mi vida á vuestra dicha y la de vuestro padre; pero Dios recompensará lo que habeis hecho por el pobre proscrito. Bella, guardad como una reliquia el retrato de mi madre, llevadle sobre vuestro corazon y pensad en ella y en mí en vuestras oraciones.

—Yo rogaré por vos y por vuestros padres todos los dias hasta el de mi muerte, murmuró la jóven.

—Guardad tambien mi testamento. Ahora no tiene valor ninguno, quizá algun dia le tendrá, y entonces sereis rica y dichosa en el palacio donde nací.

Bella levantó de repente la cabeza como impulsada por un recuerdo, y con acento singular prosiguió:

—M. de Milval; vos guardais un secreto, que segun me habeis escrito, bajará con vos á la tumba. Confiádmele, y quizá tendré la dicha de consolar ese postrer dolor.

El jóven palideció, fijó en Bella una mirada de angustia y murmuró:

—Ese secreto debe morir conmigo.

Bella, sin embargo, debió leer en su mirada la revelacion que exigia, porque un grito se escapó de su pecho, y cubriéndose el rostro con la mano, empezó á llorar con desconsuelo.

El capitan, cumpliendo su palabra, se adelantó para cortar la entrevista; pero le detuvo la repentina entrada del oficial de aquella fuerza, que le dijo algunas palabras en francés, y desapareció.

—Pronto, dijo entonces el capitan, darse el último adios. El capitan general está de vuelta, y su suerte va á decidirse de un momento á otro.

Bella, por un movimiento involuntario, se colocó delante de M. de Milval, como si quisiera impedir que llegasen hasta él los soldados que debian venir en su busca.

—M. de Milval, á vos toca tener valor en este fatal momento, exclamó el capitan. Por piepad; por mi propia sobrina, abreviad esta triste despedida.

Mientras ella se cubria el rostro con las manos, el jóven prisionero estrechó sus trémulas manos, despues las del anciano y José, exclamando con alterado acento:

—Padre mio, José, Bella, estrechad mi mano por última vez: ya no nos veremos sino en el cielo.

—¡Dios mio! ¡Dios mio! exclamó Bella con acento desesperado. Hasta ahora mismo confiaba en vuestra misericordia. ¿Le abandonais? ¡Le dejais morir!

Y con el mas profundo terror añadió:

—¡Oh, ya vienen! ¡Ya se acercan!... ¡Oh!

Y se cubrió el rostro con las manos al oir en efecto abrir la puerta y ruido de armas.

La puerta se abrió, y un personaje, que debia ser un oficial superior á juzgar por los muchos bordados de su uniforme y la rica pluma de su sombrero, entró en la estancia.

—¿Estais herido, mi valiente capitan? dijo. Por fortuna veo que la herida no es peligrosa.

—¡El general! repuso el capitan con sorpresa y turbacion.

Apenas esta palabra salió de sus labios, Bella estaba á los piés del general, y cruzando las manos en ademan suplicante y con voz ahogada por los sollozos, exclamaba:

—¡General, general! Dios sin duda os envia. ¡Ah, su perdon, concededme su perdon! yo bendeciré vuestro nombre, yo rogaré por vos en todas mis oraciones... ¡Oh! Por piedad. Sed misericordioso. Harto ha sufrido sobre la tierra. ¡Perdonadle, perdonadle!

El general sorprendido por aquella escena inesperada, contempló con interés á la jóven desolada y la levantó murmurando algunas frases de consuelo. Bella no comprendió lo que la decia en francés, pero sin embargo en sus ojos brilló un rayo de esperanza.

El general pidió al capitan explicacion del dolor extremo que afligia á la jóven y de la presencia de aquellas gentes extrañas. Entonces Luis Stock, en voz baja y con precipitacion refirió la historia del prisionero, los beneficios que habia derramado sobre él su hermano y la abnegacion heróica de su sobrina. El general, visiblemente conmovido, miró sucesivamente al anciano, al prisionero y á la jóven, que espiaba con ansiedad las impresiones que se reflejaban en su rostro.

Despues de escuchar el relato del capitan, el jefe superior reflexionó un instante y movió melancólicamente la cabeza: de repente una expresion de alegria iluminó su rostro, dijo algunas palabras al capitan y salió.

Bella, que veia partir con él su última esperanza, lanzó un grito desgarrador y se dejó caer de rodillas; pero su tio se volvió á todos despues que salió el general, y dijo con ademan misterioso:

—¡Silencio! No desespereis. Aun hay esperanza.

Y dichas estas palabras, salió tambien cerrando la puerta tras sí.

—¡Padre!... ¡José!... M. de Milval, mi pobre amigo; aun hay esperanza, repuso Bella con acento delirante. Oremos, oremos.

Y cruzó las manos murmurando una ferviente oracion, mientras José y el anciano se descubrian; y el jóven prisionero, obedeciendo á una mirada suplicante, caia de rodillas á su lado.

Aquel momento era solemne. A través del rumor que formaba aquellas voces unidas en piadosa oracion, hubieran podido oirse los latidos de aquellos corazones.

Un extremecimiento los agitó á todos al ver girar la puerta sobre sus goznes. Era el capitan Luis, que adelantándose al centro de la estancia, murmuró rápidamente:

—El tiempo urge: el general está afectado por el dolor y las súplicas de Bella, y ofrece un medio de salvacion á M. de Milval. Si rehusa, no hay esperanza para él; si acepta, está salvado...

—¡Oh! gracias, gracias, exclamó Bella sucumbiendo casi al exceso de su alegría. Hablad, hablad. ¿Cómo podeis creer que M. de Milval rehuse?

—Escuchad, M. de Milval: desechad preocupaciones mundanas, prosiguió el capitan. Dentro de ocho ó diez dias antes quizá, Nieuport estará en nuestro poder. Pero ¿quién sabe cuántos soldados perderán la vida antes de conseguirlo? Para evitar esa sangre inútil, se ha contado con vos; prestaos á ir á Nieuport como mensajero de las tropas, y aconsejad á la guarnicion que se entregue.

—¿Yo, exclamó M. de Milval palideciendo; ¿yo prestarme á semejante mensaje?... ¡Soy noble, caballero; mil veces antes la muerte!

—¡Oh... por piedad! ved lo que decis, murmuró la jóven desolada.

—Además, si aceptase semejante mision, seria inútil; no tengo influencia ninguna sobre la guarnicion de la plaza.

—Eso no es cuenta vuestra, repuso el capitan; con hacer lo que podais, habeis cumplido.

El jóven hizo un ademan negativo.

—No hay tiempo que perder, insistió el capitan; tomad pronto una ú otra resolucion; sé que no os asusta la muerte; pero reflexionad que hay aquí quien exige vuestra vida como único pago de todos sus sacrificios.

Bella quiso arrojarse á los piés del prisionero; su tio la detuvo, y dijo con ademan enérgico:

—Hablad, caballero, no podeis disponer mas que de un instante.

—Repito que en vano exhortaria á los soldados á rendirse; además, ¿y mis desgraciados compañeros? La república no comprende á los emigrados en las condiciones de capitulacion; los entregaria pues, señor capitan; vos que sois leal, vuestro hermano y vuestra sobrina, que tienen un corazon tan noble, ¿pueden aconsejarme semejante inhumanidad? Dejadme morir.

—Vuestros compañeros encerrados hoy en Nieuport, estarán en nuestro poder antes de quince dias; de este modo no escaparán; si vos aceptais la mision que os propongo podeis salvarlos.

—¿Yo?

—Sí, vos, solo vos, repuso Luis Stock bajando la voz. Vuestros compañeros de desgracias conocerán sin duda el único camino que se abre ante ellos para escapar á una buena muerte cierta. Por ese arrojo hijo del valor no querrán abandonar el puesto sino combatiendo: en cuanto á mí, tributaria mil gracias al cielo si pudiera evitar á nuestros soldados la horrible mision de matar á sangre fria, entre las dunas de mi patria, á doscientos ó mas desgraciados. ¿No creeis que Dios os pediria cuenta por no aceptar esa mision salvadora?

El jóven inclinó la cabeza y parecia combatido por contrarios sentimientos; su vacilacion, su silencio mismo, hacia esperar á todos que iba á ceder. Bella, sin poder resistir su emocion, intentó convencerle con estas palabras:

—M. de Milval, yo os suplico de rodillas que acepteis ese único medio de salud que os ofrecen: dadme así la recompensa de mis sacrificios; no rehuseis lo que es sin duda la voluntad de Dios.

© Biblioteca Nacional de España

REVISTA DE MADRID.

30 DE SETIEMBRE DE 1864.

Sumario.—Una exclamacion.—Los ecos que repito.—El calendario.—Transformaciones.—Preguntas y respuestas.—Los que vienen y los que no han ido.—Lo que se habla.—Los pendientes mayúsculos.—Las botitas altas y los zapatos bajos.—Extragos del amor en verano.—Una historia sentimental.—Una indiscrecion.—Los teatros.—Una jóven que llora y un pintor entusiasmado.—Una reunion de confianza.—Dos artistas sublimes.—La primera noche del Teatro Real.—Las ferias.—La inocencia.—Un niño ingenioso.—Una madre.

¡Cómo se pasa el tiempo... pensando en las lectoras de LA MODA!

El deseo de tener algo nuevo que contarles, los mil atractivos que ofrece la corte, las comedias nuevas, las historias íntimas, las anécdotas que se repiten aquí y allá, todo este conjunto de animacion, de placeres y de dolores que constituyen la vida de las grandes capitales, trae á mi oido sus infinitos y variados ecos, y como yo los guardo en mi memoria para referirlos á mis lectoras, pasa el tiempo volando.

Me parece que fué ayer cuando acabé mi revista anterior, y sin embargo el calendario, ese severo é imperterrito libro que es la forma del tiempo, me asegura que han transcurrido treinta dias.

Y en estos treinta dias ¡cuántas cosas!

La voz de Sirena del Teatro Rossini se ha extinguido, los atronadores conciertos han callado, la montaña rusa de los Campos Elíseos ha cesado de producir vértigos, los acróbatas y *ecuyers* de los circos gimnástico-ecuestres han perdido sus fuerzas ante la soledad que se ha formado en torno suyo, el jardin de Recoletos dá miedo: dicen los médicos que guarda entre sus árboles y entre sus flores algunas *Cajas de Pandora*, y las niñas bonitas y sus galanes temen sufrir la suerte de las hojas verdes ayer, hoy mústias y próximas á caer de las ramas para alfombrar el suelo y dejarse arrastrar por el fiero aquilon. Los viajeros que han vuelto de Paris no hablan ya de sus impresiones, los que han pasado el verano en los baños de España ó en las frescas riberas del Océano regresan poco á poco y se esconden para descansar algunos dias hasta que llegue el momento solemne de la apertura de la estacion de invierno, esto es, la estacion de los saraos fantásticos, de las primeras representaciones palpitantes de interés, de los conciertos mágicos; los paseos están desiertos desde el anochecer; en una palabra, atravesamos una de las dos épocas de trasformacion que dividen las costumbres, el aspecto y hasta el color del año.

¿Dónde se halla la gente, dónde el gran mundo, dónde las mil escenas que adornan con su novedad, su interés ó su originalidad el modesto trabajo del revistero? Estamos en uno de los entreactos de la comedia social, y es necesario introducirse entre bastidores para ver transformarse á los artistas y oir de paso sus instrucciones.

Los que han llegado y los que no han salido se visitan, se cuentan sus aventuras, se enseñan sus compras, se muestran sus recuerdos.

—Qué hermosos son los paisages de Deba, dice una niña de ojos azules, de blanca tez, de cabello rubio.

—Oh! sí, le responde una amiga que no ha podido abandonar la corte; pero el viaje es incómodo, y hoy no hay necesidad de salir de Madrid para pasar bien el verano.

Bueno es pensarlo para consolarse, pero no lo creais, lectoras mias; el verano en Madrid dá idea del infierno.

Se habla mucho de trages y de adornos: la ciencia de vestir es la política de las mujeres, ¿cómo extrañar que aspiren á hacer la felicidad... de sus admiradores?

Los pendientes colosales que copiando las joyas del Museo Campana, han inventado los plateros de Paris, empiezan á hacer víctimas. Con su peso aumentan el tamaño de las orejas y lo que es peor las maltratan. Es una moda pérfida, una conspiracion de las francesas que por lo regular tienen bastantes *medios de oir*, contra las españolas cuyas pequeñas y agraciadas orejas son su pesadilla.

Tambien se habla de otro decreto de la deidad voluble que ha dispuesto cambiar la elegante botita por el antiguo zapato corto con galgas. Pero todos estos son ecos de las conversaciones de aquellas de nuestras bellísimas compatriotas que han traspasado el Pirineo, y mejor que yo os enterarán los corresponsales de Paris de LA MODA.

Otra de las conversaciones favoritas es la que tiene por objeto reseñar los extragos que ha hecho el amor durante los viages veraniegos.

Un observador ha dicho que de los matrimonios que se hacen viajando salen buenos un ochenta por ciento. De tres sé que por la calidad y el carácter de los que el amor ha enlazado y enlazará muy pronto la Iglesia, se hallan en este caso. Pero el mas novelesco de cuantos se han *tratado* en los viajes es el de una viudita de veinticinco años, que hace dos llamó mucho la atencion en los salones de Madrid, de los que desapareció para cuidar á su esposo ya anciano, el cual murió hará catorce meses, en una de sus posesiones de Extremadura, dejándola una fortuna digna de una princesa.

El año de rigoroso luto lo ha pasado en la casa mortuoria, y una tia suya fué á buscarla en el mes de Junio para llevársela á viajar y distraerla. Vinieron á Madrid de incógnito, despues de algunos dias se trasladaron á Bayona, y resolvieron pasar un mes en Bilbao. Una tarde paseaba por el Arenal, y de pronto se encontraron sus miradas con las de un jóven, que despues de reconocerla impulsado por un movimiento irresistible, se acercó á ella y exclamó:

—Luisa... tú aquí!

La jóven se contuvo y le saludó con alguna frialdad, sin duda porque la acompañaba su tia.

—Hacia ya tiempo que no tenia el gusto de ver á V., le dijo.

—Es verdad, señora, contestó el jóven reponiéndose.

Pero á pesar de esta glacial indiferencia, la verdad es que sus corazones latian, y no era extraño. Los dos se habian conocido algunos años, se habian amado como el primer amor, se habian jurado hacerse felices y sus almas se habian separado de pronto creyendo romper los lazos que las unian.

Luisa vivia en Extremadura, su amado tuvo precision de venir á Madrid; un rival envidioso consiguió interceptar la correspondencia de los dos jóvenes, el silencio mútuo excitó sospechas crueles, de pronto circuló la noticia de que él se habia casado en la Corte; ella se veia asediada por sus padres para que se enlazase con un anciano antiguo amigo de su familia que aspiraba á tener derecho para dejarle su fortuna, y en un rapto de indignacion le dió su mano resuelta á sacrificarse para vengarse, así lo pensaba, del ingrato.

Él supo á su vez el enlace de su Luisa y acusándola como acusan los amantes, resolvió no volver á verla y emprendió un largo viaje para olvidarla. Lo único que logró fué derrochar su modesta fortuna, y viéndose sin recursos se proporcionó hace dos meses una buena recomendacion para el Ministro de la Gobernacion y obtuvo el empleo de oficial segundo en el gobierno de Vizcaya.

A pesar del aparente desden, Luisa no pudo menos de preguntarle si residia en Bilbao.

—Sí, señora, contestó el jóven; soy un empleado.

—Empleado!

—Sí tal, y muy modesto, pero cuando no se tienen *riquezas*,—el jóven acentuó esta palabra— cuando no se es opulento como su esposo de V...

—Respete V. su memoria... dijo Luisa.

—Ha muerto?

—Sí...

—Perdóneme V., no he querido ofenderle. Si V. me lo permite pasaré á visitarla.

Luisa accedió, pero el jóven reflexionó y no fué á verla. Entonces ella indagó la posicion que ocupaba, y le escribió rogándole que pasase á su casa. Hubo una explicacion en la que Luisa, conociendo el carácter del jóven, le dió á entender que su fortuna era mas imaginaria que real, y entonces él habló con toda su alma.

Desde aquel dia sus visitas fueron contínuas y el dia 20 presentó su dimision. El gobierno ha creido que esta resolucion es un acto político: nada de eso, es un acto de amor. El dia 18 recibieron la bendicion nupcial en la iglesia de San Antonio y cuando ya no podia volverse atrás le declaró su esposa que era millonario.

—Espero que presentarás tu dimision, le dijo.

—Sí, alma mia, así como así me habrian dejado cesante, con que me daré tono.

El invierno lo pasarán en Extremadura: allí llegarán estas líneas y como los dos saben cuántos los quiero, me perdonarán la indiscrecion que he cometido, para ofrecer á mis lectoras un ejemplo de felicidad.

La temporada teatral ha comenzado bajo los mejores auspicios.

Un artista á quien el público madrileño estima mucho, Tirso Obregon, ha emprendido una noble causa, la de restaurar la zarzuela y á este propósito se ha asociado gran número de poetas y compositores distinguidos.

El público no quiere ser menos y favorece con su presencia el pensamiento general.

Hasta ahora han tenido buen éxito las obras que se han ejecutado, pero principalmente la primera donde han tenido ocasion de lucir su ingenio Larra y Navarrete, donde ha dado una nueva muestra de su inspiracion el maestro Arrieta.

La compañía cuenta con artistas muy notables y simpáticos. La Srta. Uzal, la Srta. Toda, la Sra. Rivas, Obregon y Sanz figuran en primera línea, y el público les dá todas las noches repetidas muestras de su aprecio.

Noches pasadas se representaba una comedia muy interesante, *Don Felipe*: en ella hay una escena en la que una jóven rica, pero hija de unos industriales, vé á sus padres despreciados por la familia de su esposo, y en un arranque de amor filial se pone al lado de los autores de sus dias y quiere sacrificarles su amor y su posicion.

En un palco de platea de los de la izquierda habia una jóven de quince á diez y seis años, símbolo de la pureza, hermosa como le Ofelia de Shakespeare. Durante la escena que he descrito sus ojos se inundaron de lágrimas, su emocion era inmensa.

Yo estaba cerca de ella y á mi lado en una butaca se hallaba un jóven pintor, laureado, y que figura hoy dia entre los primeros artistas de su clase.

Instintivamente separó sus ojos de la escena y los fijó en la jóven.

—Qué hermosa está, me dijo... esa mujer que llora sin pensar en que la ven es un ángel.

Al terminarse la funcion se separó de mi para seguirla. ¿Empezaria allí á mi lado, una de esas historias que tanto me agradan para mis lectores? ¿Veré al fin á mi amigo casado?

El teatro del Príncipe ha inagurado sus funciones rindiendo culto á Calderon. Matilde estuvo como siempre admirable.

A propósito: noches pasadas recibieron los amigo mas íntimos de esta eminente actriz un aviso confidencial; se trataba de una reunion en *petit comité*, y acudieron presurosos.

—Van ustedes á admirar á una artista española, les dijo; y no hay para qué pintar el entusiasmo que produjo esta sorpresa.

Con efecto la artista era admirable; mis lectoras de la Isla de Cuba asentirán conmigo al saber que la artista era la Cruz Gasier; las de España tendrán que creerme bajo mi palabra, pero confio en que me creerán.

El salon de Matilde adornado con los emblemas de sus triunfos, con las preciosas coronas de laurel que han alfombrado su camino, ofrecia un anchuroso espacio á una sociedad de artistas y poetas que se apresiaban á oir á la Señora Cruz Gasier.

Cantó como los ángeles; su voz dulce, melodiosa, insinuante, comunicativa, celestial; su ejecucion fácil, correcta, brillante, fluida; su estilo severo, sencillo, elegante, cautivaron al auditorio. Y Matilde aplaudia la primera, con ese entusiasmo de su privilegiado corazon de artista, con ese fuego del verdadero sentimiento de admiracion. La Cruz era una gran artista, y una amiga de la infancia, acababa de salir de una larga enfermedad y al volver á la vida artística, queria Matilde y todos sus amigos que hallase el premio debido á su talento y á su inspiracion.

Tambien cantó su esposo, un bajo que canta como un tenor, y para que la fiesta musical fuese completa, Cano, el célebre guitarrista, é Incenga, el distinguido compositor, contribuyeron á su brillo.

Si no figuran los esposos Gasier en la compañía del Regio Coliseo, lo sentirian muchísimo los *dilletanti* madrileños.

Es un delirio aquello. Este año tenemos á la Penco y nos han prometido á la Patti... Desde el teatro Real... al cielo!

Madrid se ha embellecido con un café Imperial que no solo iguala sino que aventaja á los mas espléndidos de París.

Es una verdadera maravilla por su elegancia, su buen gusto y su riqueza. Ya tienen algo mas que visitar en la Corte los extrangeros.

Las ferias célebres en otro tiempo han perdido todos sus atractivos. Qué bien dicen que es feria todo el año! Hoy los bazares de la calle del Cármen, de la Carrera de San Gerónimo, de la calle de Espoz y Mina ostentan preciosos trages, riquísimas joyas, juguetes lindísimos para la infancia...

La infancia! qué hermosa edad de la vida! ¡cuánta ventura la de las madres que se recrean en sus hermosos hijos!

Noches pasadas me contaba una de ellas un rasgo de un hermoso heredero y voy á concluir con él mi revista.

—Figúrese V., me decia, que ayer durante la comida pregunté á mi hijo Cárlos, un niño de tres años, qué preferia comer, carne ó jamon? Distraida, aunque pidió lo último, le serví lo primero, y al renovar hoy mi pregunta me contestó:

—Quiero jamon, quiero jamon que no sepa á carne.» Ha visto V. qué mono!

Y al contarme este rasgo ingenioso de su hijo gozaba tanto!.. ¡Benditas sean las madres!

JULIO NOMBELA.

Explicacion del figurin iluminado.

NIÑA DE 5 AÑOS.—Traje de fulard blanco con lunaritos color de cereza. El borde de la enagua está recortado á festones ribeteados de tafetan cereza. Encima de ellos va una orla de hojas de parra egecutada con trencilla cereza. Corpiño escotado, y mangas cortas con los bordes á festones. En los hombros, lazos de muchas hojas y cabos, de cinta cereza. Cinturon largo de cinta del mismo color, anudado por detrás.

NIÑA DE 8 AÑOS.—Traje de alpaca blanco. La enagua se adorna con entredos de encage negro, atravesados por cruces dobles de cachemira color de naranja. Corpiño semi escotado, fruncido por delante, plano por los lados, y figurando una chaqueta cubierta.

SEÑORA JÓVEN.—Traje de fulard verde de agua. La enagua va guarnecida por una ancha tira de tafetan verde, de color mas oscuro, plegada de trecho en trecho, recogida hácia su borde superior, y dispuesta en forma de abanico redondo. Estas especies de *conchas* se repiten, en números de tres, sobre cada costura de la enagua, disminuyendo gradualmente de tamaño. Corpiño escotado, mangas cortas. Una guarnicion semejante á la de la enagua figura en el corpiño una chaqueta. Mantilla de encage negro, guarnecida por un rizado á conchas, tambien de encage negro. Esta mantilla cubre la cabeza y cae sobre los hombros y los brazos. En lo bajo del corpiño, por detrás, se encuentra un ancho lazo de cinta del color mismo de la guarnicion. Dos cabos muy largos, con flecos en sus extremos, caen sobre el trage.

Administraciones de La Moda Elegante.

La suscricion á este periódico puede hacerse dirigiéndose á las Administraciones siguientes;

MADRID, Don Cárlos Bailly Bailliere, Ribero de Cámara de SS. MM., plaza del Príncipe Alfonso (antes de Sta. Ana) n. 8.
BARCELONA, Don J. Casals, calle de San Buenaventura (tienda).
CADIZ, Don Federico Joly y Velasco, Torre 6.
SEVILLA, Don Manuel G. Zarzuela, Redaccion de la Andalucía.

El precio del abono se halla fijado á la cabeza.

EDITOR RESPONSABLE: D. FELIX PRICHARD.

CÁDIZ 1864. IMP. Y LITOGRAFIA DE LA REVISTA MEDICA; Bomba, n. 1.

© Biblioteca Nacional de España

n.° 40

LA MODA ELEGANTE ILLUSTRADA

56. rue Jacob. Paris

© Biblioteca Nacional de España